

- SER. Digo que casarte ofrezco;
¿pero hallarás quien te quiera?
- D. MAT. Para que yo tome estado
y porque vengada estés,
basta que tú me des
un amante desechado.
- SER. ¿El que adoró mi beldad
cómo ha de poder quererte?
- D. MAT. Dos mil cosas de esa suerte
suele hacer la variedad.

Jornada Segunda.

FRANCISCO DE ROJAS ZORRILLA.



Del rey abajo ninguno y labrador
más honrado García del
Castañar.

D. GARCIA ¿El Rey de un villano intonso?

REY. Y tanto el servicio admira
que hicisteis a su corona
ofreciendo ir en persona
a la guerra de Algecira,
que si la corte seguís,
os ha de dar a su lado
el lugar más envidiado
de palacio.

D. GARCIA ¿Qué decís?

Más precio entre aquellos cerros
salir a la primer luz
prevenido el arcabuz,
y que levanten mis perros
una banda de perdices,
y codicioso en la empresa
seguirlas por la dehesa
con esperanzas felices
de verlas caer al suelo,
y cuando son a los ojos
pardas nubes con pies rojos,
batir sus alas al vuelo,

y derribar esparcidas
tres o cuatro, y anhelando
mirar mis perros, buscando
las que cayeron heridas,
con mi voz que los provoca;
y traer las que palpitan
a mis manos, que las quitan
con su gusto de su boca,
levantarlas, ver por donde
entró entre la pluma el plomo,
volverme a mi casa como
suele de la guerra el Conde
a Toledo, vencedor;
pelarlas dentro en mi casa,
perdigarlas en la brasa,
y puestas al asador
con seis dedos de un pernil,
que a cuatro vueltas o tres
pastilla de lumbre es
y canela del Brasil;
y entregársela a Teresa
que con vinagre y aceite
y pimienta, sin afeite
las pone en mi limpia mesa,
donde en servicio de Dios,
una yo y otra mi esposa
nos comemos, que no hay cosa
como a dos perdices, dos;
y levantando una presa
dársela a Teresa, más
porque tenga envidia Bras
que por dársela a Teresa;
y arrojar a mis sabuesos
el esqueleto roído,
y oír por tono el crujido
de los dientes y los huesos;
y en el cristal transparente
brindar, y con mano franca
hacer la razón mi Blanca
con el cristal de una fuente;

levantar la mesa dando
gracias a quien nos envía
el sustento cada día
varias cosas platicando;
que aquesto es el Castañar,
que en más estimo, señor,
que cuanta hacienda y honor
los reyes me puedan dar.

REY. ¿Pues cómo al rey ofrecéis
ir en persona a la guerra
si amáis tanto vuestra tierra?

D. GAR. Perdonad, no lo entendéis.
El Rey es, de un hombre honrado,
en necesidad sabida,
de la hacienda y de la vida
acreedor privilegiado.
Agora con pecho ardiente
se parte al Andalucía
para extirpar la herejía
sin dineros y sin gente;
así le envié a ofrecer
mi vida, sin ambición,
por cumplir mi obligación
y porque me ha menester;
que, como hacienda debida,
al Rey le ofrecí de nuevo
esta vida que le debo
sin esperar que la pida.

REY. Pues concluída la guerra,
¿no os quedaréis en palacio?

D. GAR. Vívase aquí mas de espacio,
es más segura esta tierra.

REY. Posible es que os ofrezca
el Rey lugar soberano.

D. GAR. ¿Y es bien que le dé a un villano
el lugar que otro merezca?

REY. Elegir el Rey amigo
es distributiva ley.
Bien puede.

D. GAR. Aunque pueda el Rey

no lo acabará conmigo;
que es peligrosa amistad
y sé que no me conviene,
que a quien ama, es el que tiene
más poca seguridad;
que por acá siempre he oído
que vive más arriesgado
el hombre del Rey amado
que quien es aborrecido;
porque el uno se confía
y el otro se guarda del:
tuve yo un padre muy fiel
que muchas veces decía,
dándome buenos consejos,
que tenía certidumbre
que era el Rey como la lumbre
que calentaba de lejos
y desde cerca quemaba.

REY

También dicen más de dos
que suele hacer como Dios,
del lodo que se pisaba,
un hombre ilustrado, a quien
le venere el más bizarro.

D. GAR. Muchos le han hecho de barro
y le han deshecho también.

REY Sería el hombre imperfecto.

D. GAR. Sea imperfecto o no sea
el Rey a quien no desea,
¿qué puede darle, en efecto?

REY Daraos premios.

D. GAR. Y castigos.

REY Daraos gobierno.

D. GAR. Y cuidados.

REY Daraos bienes.

D. GAR. Envidiados.

REY Daraos favor.

D. GAR. Y enemigos.

Y no os tenéis que cansar
que yo sé no me conviene,

ni daré por cuanto tiene
un dedo del Castañar.
Esto sin que un punto ofenda
a sus reales resplandores;
mas lo que importa, señores,
es prevenir la merienda.

Jornada Primera

FRANCISCO DE ROJAS ZORRILLA.





TRAIDOR INCONFESO Y MARTIR

RODRIGO. ¿Dormís señor Espinosa?
GABRIEL. Casi, casi señor Juez.
RODRIGO. ¿Cansado estáis?
GABRIEL. ¡Psé!
RODRIGO. ¿Tal vez
Sufrís dolor?
GABRIEL. Poca cosa.
RODRIGO. Aquí estaréis menos mal
que en la torre.
GABRIEL. Así, así.
RODRIGO. Que apreciarais más creí
mi caridad.
GABRIEL. Me es igual.
RODRIGO. ¿Tal vez me guardáis rencor
por la cuestión?
GABRIEL. ¡Brava pena
por Dios!
RODRIGO. La prueba fué buena.
GABRIEL. Pudo haber sido mejor.
RODRIGO. Confieso que fué cruel
el tormento.
GABRIEL. Pero inútil.
RODRIGO. ¿Lo creéis prueba tan fútil?
GABRIEL. Ya lo veis.

ROD. Volver a él
podemos aún.
GAB. Volvierais
a ver lo que visteis ya.
ROD. La segunda vez quizá
vuestro silencio rompierais.
GAB. Sería inútil fatiga;
y ahora que hablamos de esto,
de hoy para entonces, protesto
contra todo cuanto diga;
y ya podéis calcular
que si en negar doy después
lo dicho, el tormento es
cuento de nunca acabar.
ROD. ¡Por Dios que sois hombre fuerte
y gastáis bizarro humor!
GAB. Soy terco y sufro el dolor;
soldado soy, y a la muerte
voy como iba a la pelea:
más despacio o más aprisa
hallarla es cosa precisa;
más temerla, es cosa fea.
ROD. Vuestra fortaleza envidia:
mas noto en vos ha un momento
tristeza y decaimiento.
¿Qué tenéis?
GAB. Que me fastidio.
ROD. ¡Qué os fastidiáis?
GAB. ¡Sí, a fe mía!
Tres meses ha que aquí estoy
y lo mismo hacemos hoy
que hicimos el primer día.
“Traed ante mí a Gabriel.”
Vuelta vos a preguntar,
vuelta yo a no contestar.
“Al calabozo con él.”
Vuelve a amenazar el día,
y vuelta a sacar al preso,
y vuelta a leer el proceso,
y vuelta a nuestra porfía.

- “Hablad señor Espinosa.”
—No quiero señor, Alcalde.
—Que habéis de hablar.—Que es en balde.”
Y siempre la misma cosa.
No hubo más que la semana
en que me disteis tormento
que variara. y ya me siento
casi bueno, santillana:
- ROD. Me amedrenta ¡vive Dios!
vuestra entera sangre fría.
- GAB. También me amedrentaría
a mí, si fuera que vos.
- ROD. Vuestra osada impavidez
cada día toma creces.
- GAB. Sí, parecemos a veces
el reo vos, y yo el juez
- ROD. Es que a veces hallo en vos
un misterio que me espanta.
- GAB. Es que tal vez se levanta
tras mí la sombra de Dios.
- ROD. Yo creo, señor Gabriel,
que no es Dios, es Satanás
quien de vos está detrás
y os dejáis llevar por él.
¿A qué hombre de sano seso
no hartarán vuestras pesadas
continuas baladronadas
que llenan vuestro proceso?
¿Qué son pues vuestras preñeces
y siniestras reticencias?
- GAB. Tembladlas si son sentencias;
reidlas si son sandeces.
- ROD. Pues bien: hablad de una vez:
si ese secreto fatal
existe en vos, hacéis mal
de ocultarlo a vuestro juez.
Si sois quien juzgan, decid:
“Yo soy” probadlo y mañana.
- GAB. Cuando vendrá, Santillana (*Cambiando el tono.*)
el capitán de Madrid?

- ROD. Hoy mismo.
- GAB. ¡Gallardo mozo!
¿Le queréis mucho?
- ROD. ¿Pues no
si es mi hijo?
- GAB. También yo
le quiero bien y me gozo
con su vista. ¿No tenéis
más hijos que él?
- ROD. Nada más.
- GAB. ¿Ni los tuvisteis jamás?
- ROD. Las preguntas que me hacéis
Espinosa.
- GAB. Son sencillas.
- ROD. No sé qué se me figura
que hay en ellas. . . .
- GAB. Por ventura
os pregunto maravillas?
Tenéis un hijo mancebo,
y si hubisteis os pregunto
más que él: no hay en el asunto
de mi cuestión nada nuevo.
- ROD. ¡Jamás podré conseguir
arrancar de vuestra faz
ese sarcasmo tenaz!
¿Qué me tenéis que decir?
Acabemos Espinosa:
esa burlona altivez
que excita en mí alguna vez
una duda misteriosa
¿qué significa? ¿parece
que no os habéis convencido
de que juzgado habéis sido,
de que ya no os pertenece
vuestra acotada existencia,
y de que según la ley
no falta sino que el rey
confirme vuestra sentencia?
¡Parece que en vuestro pecho
hay una firme esperanza

- que os da audacia y confianza
contra esa ley!
- GAB. Es un hecho.
- ROD. ¿Creéis que no confirmará
el rey?
- GAB. Esa es cuenta suya:
Dios por sus obras le arguya.
¿Le habéis vos escrito ya
que pido verle?
- ROD. Y respuesta
aguardo, ¿mas si apeláis
al rey en vano?
- GAB. Me ahorcáis.
y se concluyó la fiesta. (*Don Rodrigo ve a Gabriel
con asombro y Gabriel permanece sereno.*)
- ROD. Sospéchome que estáis loco.
- GAB. Tal vez.
- ROD. Aunque más bien creo
que es otro vuestro deseo.
- GAB. ¿Cuál creéis?
- ROD. Ir poco a poco
dilatando la sentencia
dando a entender que aun hay más
que esperar de vos.
- GAB. Quizás.
- ROD. Pues os protesto en conciencia
que hoy tendrá fin vuestro afán:
si el rey no manda otra cosa,
morís hoy por Espinosa
o por rey don Sebastián.
Basta ya de dilaciones,
harto estoy de toleraros:
y me es ya mengua trataros
con tales contemplaciones.
Vos sois un villano artero
un taimado embaucador
que esperáis suerte mejor
dandoos por un caballero.
¡Un necio que aguarda en vano
negándose a confesar,

- que nunca le han de matar
como a un infame pagano
sin confesión! mas caéis
en un miserable error:
si no queréis confesor,
sin confesión moriréis.
Y no tenéis que cansaros:
ni me habéis de aventajar:
si os obstináis en callar,
yo me obstinaré en ahorcaros.
¿Ahora reís?
- GAB. ¡Sí por Dios! (*Riéndose.*)
y no he muerto ya de hastío
porque como ahora me río
mil veces.
- ROD. ¿De qué?
- GAB. De vos.
- ROD. ¿De mí? ¿En vuestra audacia loca
os olvidáis a mi ver
que os puedo mandar poner
una mordaza en la boca?
- GAB. Verme mudo os diera pena;
de que es, estoy persuadido
mi voz para vuestro oído
el cantar de la sirena.
¡Mordaza! de vuestros fieros
a pesar, si lo procuro
de veras, estoy seguro,
señor juez, de adormeceros.
Ya me parece ¡pardiez!
que comenzáis a turbaros
y no he hecho más, que miraros.
Os voy a decir buen juez,
lo que pasa en vuestro pecho:
a fuerza de ir y volver
sobre quién soy, de mi ser
un fantasma os habéis hecho.
Ser superior me imagina
vuestra razón exaltada,
y mi voz y mi mirada

os deslumbra y os fascina.
Todo se os vuelven antojos:
si os miro fijo a la cara,
os turbáis como si echara
fuego o lumbre por los ojos.
Si en paz llevando mi suerte
alejo de mí el pesar,
creéis que voy a evitar
con algún filtro la muerte.
Si de vuestros hijos hablo
y por ellos os pregunto,
no parece sino asunto
de vendérselos al diablo.
Si levanto un poco más
estando solos la voz,
cual de una bestia feroz
teméis y os echáis atrás
Y si al hablarme con saña
vos, os hablo con violencia,
os dobláis en mi presencia
como ante el viento la caña.
Tan hondo y siniestro influjo
he adquirido sobre vos
que, ¡no os lo demande Dios!
me estáis suponiendo brujo.
No parece, Santillana
sino que sabéis que puedo
haceros temblar de miedo
cuando me diere la gana.
¿Y no es verdad don Rodrigo,
no es verdad que mi semblante
os está siempre delante;
que andáis, que soñáis conmigo?
¿No es verdad que se os alcanza
que tendrá alguna razón
al mostrar mi corazón
tan osada confianza?
¿No es verdad que todo cabe
en hombres y que tal vez
en vuestra vida de juez

hay algún secreto grave
que creéis hundido vos
en la eternidad oscura,
y que teméis por ventura
que me lo revele Dios?
¿No es verdad que cuando a solas
hablo con vos don Rodrigo,
va vuestra alma en lo que os digo
como nave entre las olas,
esperando de un momento
a otro verse sumergida
por la mar embravecida
de mi airado pensamiento?
¿No es verdad que habéis cruzado
una vez el Portugal
y cerca de Setubal
en mitad de un despoblado
un monasterio habéis visto,
cuya sagrada vivienda
fué teatro de una horrenda
profanación?

ROD. ¡Jesucristo!

GAB. ¿No es verdad que cuando clavo
mis ojos en vuestro rostro
os hielo el alma y os postro
a mis pies como un esclavo?
De rodillas Santillana:
vuestra vida está en la mía:
viviréis más que yo un día;
si yo muero hoy, vos mañana.

ROD. Dios me valga. (*Se arrodilla.*)

GAB. ¡Calla! ¿y vos
lo tomáis como os lo digo?
Si esto es farsa, don Rodrigo:

serenaos, ¡vive Dios!
ROD. ¿Con que es decir..... ?
GAB. Que divierto
mi fastidio, Santillana.
ROD. No haréis lo mismo mañana. (*Furioso.*)
GAB. Ahorcándome hoy, no por cierto.
(*Con calma.*)

ACTO TERCERO.—Escena IV.

JOSE ZORRILLA.



LA VIDA ES SUEÑO

SEGISMUNDO ¿Soy yo por ventural ¿soy
el que preso y aherreojado
llego a verme en tal estado!
¿no sois mi sepulcro vos,
torre! Sí. ¡Válgame Dios,
qué de cosas he soñado!
CLOTALDO (Ap. ¡ A mí me toca llegar
a hacer la desecha ahora.)
¿Es ya de despertar hora?
SEGISMUNDO Sí, hora es ya de despertar.
CLOTALDO ¿Todo el día te has de estar
durmiendo! Desde que yo
al águila que voló,
con tarda vista seguí,
y te quedaste tú aquí,
¿nunca has despertado?
SEGISMUNDO No,
ni aun agora he despertado;
que según Clotaldo, entiendo,
todavía estoy durmiendo:
y no estoy muy engañado;
porque si ha sido soñado
lo que vi palpable y cierto,
lo que veo será incierto,
y no es mucho que rendido

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1525 MONTERREY, MEXICO